

EL FRUTO DE LA MELANCOLIA

(Fragmento)

Aquel invierno lo pasé íntegramente en L'Olivar, sin salir de la finca. Sólo al principio, recién llegado de mi último viaje a Madrid, estuve tentado de ir hasta Alcoy para encararme con Mariano y exigirle una explicación por su felonía, pero fui demorando aquella salida a medida que me fueron venciendo las ganas de descansar, de permanecer confortablemente encastillado en mi hogar y de tratar de olvidar. Olvidar todos los desengaños y todas aquellas personas que tanto me habían dañado... menos a Irma, pues únicamente la certeza de encontrarla me hubiera empujado a salir de mi casa. Pero el olvido no fue posible, por más que lo intenté encerrándome la mayor parte del tiempo en la biblioteca, releendo mis autores favoritos y escuchando la música que siempre me había embelesado. Y es que casi todas las oberturas y las arias, los *adagios* y los *allegros*, los conciertos y las sinfonías, me evocaban personas y momentos que me obligaban a mantener mis heridas bien abiertas y sangrantes. Debido a sucesivas asociaciones de ideas que, en ocasiones, no alcanzaba a comprender, cada vez que oía ciertas composiciones musicales, mi mente rememoraba con vivacidad determinadas experiencias, casi siempre dolorosas. Tampoco la lectura me ayudó a olvidar. En muchos de sus versos y renglones, los autores me hablaban de sentimientos, situaciones y personajes que me resultaban demasiado familiares, demasiado reales, demasiado recientes.

Pero si no era posible olvidar encerrado en la biblioteca, mucho más difícil resultaba intentarlo fuera de ella. Tanto dentro de la casa como en el resto de la finca existían infinidad de detalles que me obligaban a pensar en Irma casi constantemente. En más de una ocasión pensé por entonces en deshacerme de tales detalles, pero al final siempre los respetaba, pues no quería que, en el caso de que ella volviese, notara ningún cambio significativo. Y es que casi todos los días, siquiera por unos segundos, alimentaba todavía la esperanza de que Irma regresara a mi lado. Una esperanza que no obstante fue debilitándose conforme pasaron las semanas y los meses. Y llegó una nueva primavera, con el renacimiento de la vida por doquier, aun cuando mi alma, cada vez más moribunda, no supo apreciarlo. Los árboles y las plantas reverdecían en una explosión de vitalidad, pero aquella milagrosa regeneración pasó casi inadvertida para mí. Algunas mañanas, sentado en el patio, con la fuente riéndose descarada delante de

mí y las plantas exhibiendo con arrogante silencio la exuberancia de sus hojas y flores, me asaltaban ciertos olores que rondaban mi alma, pero que ya no lograban filtrarse en su interior. Únicamente el perfume de las rosas conseguía estremecerme, al hacerme recordar a una Irma alegre y añorada, pero las emociones que acompañaban a tales recuerdos resultaban demasiado amargas, intensamente amargas.

© **Gerardo Muñoz Lorente**